

Más que literarios, sin embargo, los temas de nuestra conversación eran políticos y abarcaban sobre todo la circunstancia mexicana y regional. En aquellos años no había necesidad de aclarar que nuestra noción de “región” era unívoca y no precisaba aclararse.

Veía a México, creo recordar, con una mezcla de compromiso y distancia. Le resultaba más arduo formular sus rechazos que sus afinidades. Se sentía compelido a fundamentar mejor los primeros. Las segundas brotaban de manera espontánea.

Mis errancias diplomáticas pronto afectaron la frecuencia de nuestros encuentros, tornándolos eventuales, esporádicos. Mi irracional rechazo a la comunicación epistolar me llevó a ni siquiera intentarla con Javier. Ignoro, por cierto, si él la cultivó con algunos eventuales correspondientes. De haber sido el caso, hay, sin duda, páginas dignas de ser reunidas y rescatadas.

En años recientes, afinados ambos en México, se restauró la frecuencia de nuestros encuentros. Cómo olvidar las veladas anuales que, en una casa abierta a todos, Nenuca y Javier sostenían la noche patronal de San Jerónimo, donde el deslumbramiento de su generosa amistad opacaba el brillo de los fuegos de artificio de pólvora galana, para no huir del lugar común, que incendiaban la plaza vecina.

Tras el atropello de 2006 compartimos preocupaciones y propósitos. Hablamos y con frecuencia. Me guió,

en muchos momentos, la fría objetividad de su análisis, que no excluía ni la pasión ni el compromiso. Me iluminó su certera crítica a mis escritos y planteamientos.

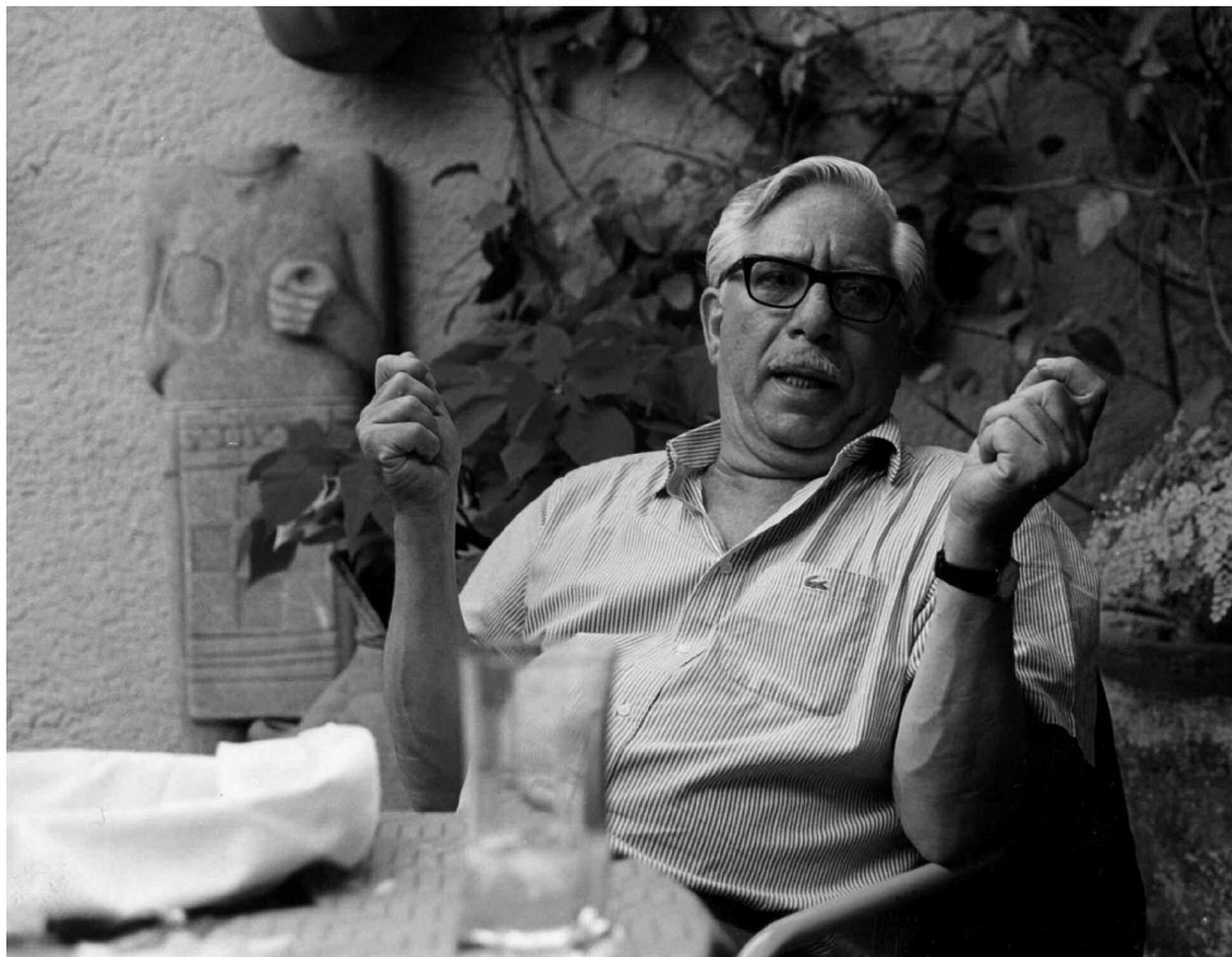
En otro momento y en otra circunstancia podré referirme a los trabajos y los días de Javier Wimer. Por ahora, me basta recordarlo —irónico y festivo, contento o indignado, lúcido siempre y siempre inteligente— como ahora debe estar entre nosotros. Hola, Javier. Muchas gracias.

#### EL GENIO MÚLTIPLE

Víctor Flores Olea

Javier Wimer: El genio que contenía muchos genios, como la lámpara de Aladino, nos llevaría a una compleja biografía plena de luz, en que los momentos de brillo opacan por mucho a las sombras que también aparecen en la vida, en la suya y en la de todos nosotros. Pero Javier estuvo siempre cerca para fortalecer, para decir la palabra que desbarataba los nubarrones y nos hacía pensar en que la vida es también relaciones felices, placer, ironía, felicidad hasta el límite en que esta palabra es aplicable a la existencia humana.

Pero siempre he pensado que, al final de cuentas, la madre de todas las virtudes de la vida de Javier fue esa capacidad suya para la amistad, su vocación irrevocable





de relacionarse tersamente con sus amigos, de tenerlos siempre presentes por arriba de cualquier otra circunstancia y de perseverar contra viento y marea en sus relaciones amistosas, que expresaba en cariño entrañable, en cuidados, en atenciones sutiles siempre inteligentes, como era él.

Hace prácticamente sesenta años que conocí a Javier en las aulas y patios y corredores de la Facultad de Derecho de San Ildefonso —a unos cuantos metros de este recinto—, y con él inicié las primeras tentativas literarias. Más bien, él me inició en las primeras publicaciones ya con su finura en el detalle, con su hondo conocimiento del idioma desde ese tiempo, con sus consejos no sólo acertados sino necesarios. Nunca volví a redactar un párrafo sin tener presente cuál sería la opinión, la corrección de Javier.

Y por supuesto después, poco después, nuestros felices encuentros en Roma, en París, en Friburgo, y todavía más tarde en Moscú o en Nueva York. Y también encuentros con amigos cercanos con los cuales la diversidad de las ocupaciones nos alejaba eventualmente por un tiempo. Pero no, ahí estaba Javier para convocar y provocar los encuentros, para auspiciar la reanudación de contactos y relaciones que su genio nos hacía ver tan frescos y nuevos como en el primer momento. Muchos, demasiados, podrían ser los momentos narrados en que Javier auspiciaba las presencias, la renovación de los hallazgos.

Hasta el punto en que yo diría que esta Generación de Medio Siglo, si existió y existe, se debe en gran medida a la vocación de unidad y amistad, a la generosidad de Javier, a su atención perseverante para que no se desvaneciera lo ya construido, para que continuaran los encuentros en esta vida de pronto tan complicada en el monstruo de ciudad en que vivimos. Fundador de amistades pero también en un sentido más amplio, generacional, de grupo y plataforma, de lazos comunitarios que no debían diluirse y desaparecer. Aspecto central del genio y existencia de Javier, que nos hizo vivir a muchos en relación continua, ayudado siempre, por supuesto, por la disposición y mano suave y cariñosa de esa anfitriona excepcional que es la Nenuca, que tan bien seguía y modulaba los auspicios de Javier, pareja inolvidable. Indispensable, por supuesto, en las felices sorpresas gastronómicas con que generosamente nos recibían. Claro está, también un saludo muy cariñoso para Marilina y Renata.

Javier Wimer fue todo esto pero mucho más: un escritor y un editor excepcionales. En Javier, sobre la abundancia triunfó la vocación de perfección, de economía rigurosa, no páginas interminables que de todos modos se repiten y tienen el mismo eco, sino concentración y necesidad, y cuidado hasta el último detalle en la expresión. Sus artículos periodísticos, cuando había un tema o embrollo de particular significado, eran vistos y analizados con lupa por Javier, y en ellos

había siempre el encuentro de una paradoja, de una estupidez por desechar y denunciar, alguna perla ridícula escondida en el galimatías de los políticos, que casi siempre denotaban corrupción o desarreglo.

Pero deseo referirme a un género literario que Javier llevó a su más alta forma de expresión: lo llamaré, a falta de otro término más adecuado (otra vez la ausencia de Javier que hubiera resuelto la duda), “viñeta”, en que pintaba, con tonos suaves y exactos, exaltando virtudes y marcando tenuemente defectos, vidas en proceso o terminadas que en el genio literario de Javier se convirtieron en joyas narrativas que no debieran nunca perderse o traspapelarse.

Recuerdo algunos de esos retratos vivos (¿acuarelas?) que Javier pintó de hombres y mujeres cercanos que han dejado huella entre muchos: la *Memoria personal de Borges*, los *Cuentos y cuentas de Luisa Valenzuela*, el *Itinerario de Pedro Henríquez Ureña*, *La muerte de un filósofo*, sobre Emilio Uranga, y *Vlady: Utopías y Destierros* y muchos otros más.

Al lado de estas “viñetas” más elaboradas pudiera también hacerse una selección de los estupendos artículos políticos que publicaba sin periodicidad fija en *La Jornada* pero que, cuando salían, llamaban la atención por la finura del análisis. Sería magnífico que, por ejemplo, la Universidad Nacional Autónoma de México reuniera estas perlas literarias de Javier Wimer en un tomo por demás atractivo y profundo.

Claro que tengo presente el prólogo excepcional que escribió para encabezar un libro de fotografías de un servidor sobre Nueva York: *Escribir con luz*, lo llamó Javier, que no sólo revela aspectos escondidos de las propias fotografías sino secretos poco observados de la fotografía en general. La sutileza y la calidad de la mirada que le disparaban asociaciones originales, reflexiones de un observador del arte con la más alta educación y cultura visual.

Sería interminable enumerar la variada exploración que del mundo emprendió Javier. Pero no debo silenciar uno de los aspectos en que se expresó con más fuerza su ser universal: su tarea como editor, no sólo a la cabeza de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuito, que cumplió con el rigor y la eficacia que lo caracterizaban sin excepción en sus empresas, sino con la estricta probidad y contención moral que invariablemente marcaron sus desempeños públicos.

Fue además Javier Wimer el editor de esa inolvidable revista trimestral que llevó por título *Nueva Política*, en la década de los setenta, reunió textos de importancia histórica para comprender algunos fenómenos del tiempo nuestro, lo mismo sobre el sistema político mexicano que sobre el fenómeno de la comunicación, adelantándose décadas a las definiciones e incluso a los reclamos que hoy están a la orden del día en nuestro

país, en todos los países, para ser más exacto. La sociedad como depositaria en democracia de la genuina voluntad popular. Y, naturalmente, esos libros imprescindibles que aluden a la historia del arte y al desarrollo de los pueblos del suroeste mexicano, particularmente en el territorio que hoy ocupa el estado de Guerrero.

Amistad acendrada y constructor de relaciones humanas inolvidables, cuidado extremo en la expresión y en el estilo no sólo de escribir sino de vivir, genio de la observación y de la sutileza que son imprescindibles en todo juicio profundo, cultura que fue caudal y también ejemplo de tersura y pulimento al extremo. ¿Cómo no decir que deja un hueco insustituible entre nosotros, en México y entre sus amigos? ¿Cómo no decir que su espíritu de ironía nos hace y nos hará falta en el tiempo que nos resta?

JAVIER WIMER, MI PADRE  
Marilina Barona del Valle

Una constante en su vida fue su pasión por los libros, esos cuerpos mágicos que en su interior desdoblan las palabras, y las anticipan en sus tapas.

Los amaba, pero jamás como elementos decorativos para cubrir un muro, y no sólo como instrumentos para el aprendizaje escolar, o en los que se encuentra información “útil”, sino como puertas hacia universos múltiples y desconocidos.

Ese objeto, con cubiertas de cuero, de tela, o de cartón grueso, con relieves y texturas que los hacen seductores al tacto, con olores a viejo, a distintas ciudades, o por qué no, a recién impresos, a tinta y papel que estrenan un nuevo encuentro.

Libros que nos hablan de una isla chilena habitada por gigantes de piedra; libros que relatan con textos e imágenes de la muerte danzante, su fuerza que no se acobarda ante un monarca o un ministro; libros-zoológicos que resguardan aves, escarabajos, ballenas, serpientes, peces, felinos, y también unicornios, pegasos, minotauros, grifos, dragones y centauros.

El libro, nos decía, es una caja mágica donde viven los duendes de la letra impresa: esas manchitas negras que se toman de la mano para recrear el mundo del hombre: la piedra inmóvil y el colibrí sin reposo, la noche ciega, y el mediodía deslumbrante, los murmullos y las tempestades, todos nuestros deseos, pensamientos y acciones.

Los libros, sus entrañables compañeros de toda la vida.

En su honor, invito a que se acerquen y deleiten sin miedo y con placer, de tantos banquetes bibliográficos que disfrutó.